

LEONID ANDREIEV

LOS SIETE AHORCADOS



Escrito en 1908 y dedicado a Tolstoi, pretende señalar el horror y la iniquidad de la pena capital bajo cualquier circunstancia, pero acaso alcance un logro mucho mayor: penetrar con maestría y sencillez en el interior de cada una de las tragedias de siete revolucionarios condenados a morir, llevando sin concesiones al lector a una revelación, un estado de alumbramiento que sólo ofrecen las mejores obras de arte. La edición se completa con una pieza breve del autor, *Un pensamiento* (1902); una obra temprana de Andreiev inspirada, en parte, en *La caída de la casa Usher* de Edgar Allan Poe, en la que un asesino reflexiona sobre sus actos, entre el delirio y una terrible lucidez. La obra de Andreiev, llena de visiones oscuras, sensuales y horribles, genuina exploración de los aspectos más oscuros de la existencia humana, profecía alucinada de cataclismos inminentes, prefigura la mejor literatura del siglo XX y llega hasta nosotros luminosa e intacta.

Dedicado a L. N. Tolstoi

LOS SIETE AHORCADOS

A LA UNA DE LA TARDE SU EXCELENCIA

Como el ministro era un hombre enormemente obeso con tendencia a la apoplejía, cuando le fueron a advertir de que se preparaba un grave atentado contra su persona, se tomaron todas las precauciones posibles para evitar que le diera un ataque. Al ver que el ministro recibía la noticia con tranquilidad e incluso con una sonrisa, le informaron de los detalles. El atentado tendría lugar al día siguiente por la mañana. A la una, cuando saliera a presentar el informe, varios terroristas, que ya habían sido delatados por un infiltrado y que ahora se encontraban bajo la infatigable vigilancia de la policía secreta, se reunirían con bombas y revólveres junto a la entrada de la casa y esperarían a que saliera. Ahí es donde los atraparían.

—Esperen —se sorprendió el ministro—, ¿cómo es que saben que tengo que salir a la una de la tarde a presentar el informe cuando yo mismo tan sólo lo supe hace tres días?

El jefe de la guardia abrió los brazos de forma indefinida.

—A la una en punto, su excelencia.

A medio camino entre el asombro y el beneplácito ante la actuación de la policía que tan bien había organizado todo, el ministro meció la cabeza, sonrió sombrío con sus oscuros labios carnosos y con esa misma sonrisa, humildemente, sin querer molestar más a la policía, hizo la maleta y se fue a pasar la noche al hospitalario palacio de otra persona. Su mujer y sus dos hijos fueron sacados igualmente de la peligrosa casa a cuyo alrededor se reunirían al día siguiente los lanzadores de bombas.

Mientras, en el nuevo palacio las luces se mantuvieron encendidas y los rostros, afables y conocidos, se inclinaban, sonreían y se indignaban, el dignatario experimentó un agradable sentimiento de agitación, como si ya le hubieran otorgado o le fueran a otorgar un importante e inesperado galardón. Pero la gente se fue, las luces se apagaron y la transparente luz de las farolas eléctricas, como un encaje, se posó, atravesando los cristales sobre el techo y las paredes, totalmente ajena a la casa con sus cuadros, sus estatuas y su silencio, y al entrar de la calle, también silenciosa, indefinida, despertó la alarma sobre la inutilidad de las cerraduras, la guardia y las paredes. Y en ese momento, de noche, en el silencio y la soledad de un dormitorio ajeno, el dignatario comenzó a experimentar un terror insoportable.

Padecía de los riñones y siempre que se agitaba se llenaban de agua y se le hinchaba la cara, las piernas y las manos lo que hacía que pareciera todavía más grueso, más gordo, más voluminoso. Y ahora, como si fuera una montaña de carne hinchada que se elevaba sobre los comprimidos muelles de la cama, se palpaba con tristeza de enfermo la cara abotargada, como si fuera de otro y obsesivamente pensaba en el cruel destino que le habían preparado. Recordó, uno tras otro, todos los terribles casos en los que habían lanzado bombas a gente de su posición, e incluso con cargos más altos, y como las bombas habían despedazado en trocitos el cuerpo, habían esparcido pedacitos de cerebro por las sucias paredes de ladrillo, habían arrancado

los dientes de las encías. Y ante estos recuerdos su propio cuerpo, gordo y enfermo, extendido sobre la cama, le pareció todavía más ajeno. Sintió la ardiente fuerza de la explosión, y le pareció como si los brazos y las piernas se le separaran del tronco, se le cayeran los dientes, el cerebro se fragmentara en pedazos, las piernas se entumecieran y quedaran tendidas en el suelo, sumisas, con los dedos hacia arriba como las de los difuntos. Se agitó con más intensidad, respiró sonoramente, tosió, para parecerse lo menos posible a un cadáver se rodeó del vivo sonido de los estridentes muelles, de la manta susurrante. Y para demostrar que estaba completamente vivo, que no se había muerto ni un poquito y que estaba lejos de la muerte, como cualquier otra persona, con voz de bajo pero en voz alta y de forma entrecortada dijo en el silencio y la soledad de la habitación:

—¡Bravo chicos! ¡Muy bien, muy bien!

Elogiaba así al servicio secreto, a la policía y a los soldados, a todos aquellos que protegían su vida y que tan a tiempo y con tanta pericia se habían anticipado al asesinato. Pero por más que se agitaba, elogiaba o esbozaba una forzada sonrisa de lado para burlarse de los estúpidos y desdichados terroristas, no acababa de creerse salvado del todo, de creer que la vida no se le iría de pronto, en un santiamén. Parecía como si la muerte que otros habían pensado para él y que se encontraba únicamente en sus pensamientos, en sus intenciones ya se encontrara ahí dispuesta a quedarse y que no se fuera a ir hasta que no los atraparan, hasta que no les arrebataran las bombas y no los encerraran en una sólida cárcel. Ahí se había quedado en ese rincón y no se iba, no podía irse, como un obediente soldado a quien la voluntad y las órdenes de otra persona habían apostado de guardia.

«¡A la una de la tarde su excelencia!». La frase resonaba, modulándose en todo tipo de voces: alegre y burlona, enfadada, obstinada o inexpresiva. Pareciera que hubieran co-

locado en el dormitorio un centenar de gramófonos ocultos y que todos ellos, uno tras otro, con la estúpida aplicación de las máquinas, gritaran las palabras que les habían ordenado: «¡A la una de la tarde su excelencia!».

Y esa hora del día de mañana, que hasta hace tan poco no se diferenciaba en nada de las demás, que era tan sólo un tranquilo movimiento de las manecillas por la esfera del reloj de oro, se había convertido de pronto en algo sinies-tramente contundente, había saltado del reloj y había adquirido vida propia, se extendía como una enorme y negra columna que partía toda su vida en dos mitades. Como si hasta que ella llegara o después de ella no existieran las demás horas y sólo ella, insolente, presuntuosa, tuviera derecho a una existencia propia.

—Pero ¿qué es lo que quieres? —preguntaba enfadado, entre dientes el ministro.

Los gramófonos gritaban:

—¡A la una de la tarde su excelencia! —y la negra columna se sonreía y saludaba.

El ministro rechinó los dientes, se incorporó en la cama y se sentó, sujetándose el rostro entre las manos, era evidente que esta abominable noche no podría dormir.

Y con una claridad pasmosa, apretándose el rostro con sus hinchadas y rollizas manos, se imaginó cómo se levantaba a la mañana siguiente, sin saber nada, cómo después bebía su café, sin saber nada, y se vestía en la antecámara. Y ni él ni el portero que le acercaba su abrigo, ni el criado que le traía el café, sabían que no tenía ningún sentido beber el café, ponerse el abrigo, cuando en tan sólo unos instantes todo: el abrigo, su cuerpo y el café que había dentro de él, quedaría destruido por una explosión, se lo llevaría la muerte. Ahí iba el portero a abrir la puerta acristalada... y es él, el agradable, bondadoso y amable portero con ojos de soldado azules y todo el pecho repleto de medallas, quien abre con su propia mano la terrible puerta, la abre

porque no sabe nada. Todos sonríen porque no saben nada.

—¡Oh! —dijo de pronto en voz alta y retiró lentamente las manos de la cara.

Y, con esa misma lentitud, mirando en la lejanía de la oscuridad que había frente a él, con una mirada fija y tensa, extendió la mano, palpó el interruptor y encendió la luz. Después se levantó y sin calzarse las zapatillas, con los pies desnudos sobre la alfombra cruzó el dormitorio ajeno, encontró el interruptor de la lámpara de la pared y lo encendió. Todo quedó agradablemente iluminado, tan sólo la cama revuelta con la manta caída en el suelo indicaba el horror que había tenido lugar hacía tan poco.

En ropa de cama, con la barba despeinada por el inquieto ajetreo, con la mirada enojada, el dignatario se parecía a un anciano cualquiera enfadado, con insomnio y una pesada disnea. La muerte que le habían preparado parecía haberle desnudado, haberle despojado del lujo y el imponente esplendor que le rodeaba. Costaba creer que tuviera tanto poder, que ese cuerpo suyo, tan corriente, un sencillo cuerpo humano, tuviera que morir tan terriblemente entre el fuego y el estruendo de una espantosa explosión. Sin taparse y sin sentir el frío se sentó en el primer sofá que vio, apuntaló su despeinada barba sobre la mano y concentrado, en una profunda y tranquila meditación, detuvo los ojos en las molduras del desconocido techo.

¡Eso era lo que pasaba! ¡Ésa era la razón por la que se había acobardado y estaba tan agitado! ¡Por eso está en el rincón y no se iba ni podía irse!

—¡Idiotas! —dijo firme y con desprecio.

—¡Idiotas! —repitió más fuerte girando un poco la cabeza hacia la puerta para que lo oyeran aquéllos a los que iba dirigido. E iba dirigido a aquellos mismos que hacía poco había llamado buenos chicos y que, en un exceso de celo, le habían contado los detalles del atentado que se planeaba.

—Claro —meditó de pronto con la mente fortalecida y más ligera—, es ahora, una vez que me lo han contado y que lo sé, que tengo miedo, si no, no sabría nada y me hubiera bebido mi café tranquilamente. Después por supuesto estaría esa muerte, ¿pero acaso temo a la muerte? Estoy enfermo de los riñones y en algún momento me moriré, pero no tengo miedo porque no sé nada. Y estos idiotas me dicen: «A la una de la tarde, su excelencia». Y pensaban, los idiotas, que me iba a alegrar y en lugar de eso ella se ha apostado en un rincón y no se va. No se va porque es un pensamiento mío. Y lo terrible no es la muerte sino conocerla, y sería imposible vivir si el hombre pudiera saber con precisión y certeza el día y la hora de su muerte. Pero van estos idiotas y me advierten: «A la una de la tarde, su excelencia».

Se sintió tan ligero y tan bien como si alguien le hubiera dicho que era inmortal y que no se moriría nunca. Y sintiéndose de nuevo fuerte e inteligente entre el rebaño de idiotas que tan inconsciente y burdamente se adentraban en el misterio del futuro, se quedó meditando profundamente sobre la felicidad de la ignorancia con los graves pensamientos de un hombre anciano, enfermo y que ha sufrido mucho en la vida. Ningún ser vivo, ni el hombre, ni los animales debería saber el día de su muerte. Hace poco estuvo enfermo y los médicos le habían dicho que moriría, que debía arreglar sus asuntos, pero él no les creyó y la verdad es que seguía vivo. En su juventud se había visto envuelto en un escándalo y había decidido suicidarse, preparó el revólver y escribió una carta e incluso decidió la hora del suicidio, pero justo antes del final se lo pensó dos veces. Siempre puede cambiar algo en el último instante, puede aparecer algo inesperado y por eso nadie puede decir cuándo va a morir.

«A la una de la tarde, su excelencia», le habían dicho esos amables asnos y aunque lo habían dicho únicamente porque se había podido prevenir la muerte, el solo conoci-

miento de la posible hora le llenaba de terror. Era perfectamente posible que le mataran pero no sucedería mañana y podía dormir tranquilo como si fuera inmortal. Idiotas, no sabían qué grandiosa ley habían violado, qué agujero habían abierto cuando le habían dicho con su amable idiotéz: «A la una de la tarde, su excelencia».

—No, a la una de la tarde no, su excelencia, sino que no se sabe cuándo. No se sabe cuándo. ¿Qué?

—Nada —respondió el silencio—. Nada.

—No, has dicho algo.

—Nada, son tonterías. Digo que «a la una de la tarde».

Y con una súbita y aguda tristeza en el corazón comprendió que no podría dormir, que no tendría descanso ni alegría hasta que no pasara esa maldita y oscura hora arrancada al reloj. En el rincón tan sólo se agazapaba la sombra del conocimiento de aquello que no debía saber ningún ser vivo y era suficiente para ocultar la luz y para provocar en el hombre la tenebrosa sombra del pánico. Una vez despertado el miedo a la muerte éste se extendió por todo el cuerpo, caló en los huesos, sacó su blanca cabeza por cada poro del cuerpo.

Ya no temía a los asesinos de mañana, habían desaparecido, estaban olvidados, se habían confundido con la multitud de rostros y acontecimientos hostiles que rodeaban su existencia humana, temía a algo repentino e inevitable: un ataque de apoplejía, un infarto, que alguna estúpida y diminuta aorta que de pronto no pudiera aguantar la presión sanguínea explotara, como un apretado guante estirado sobre unos dedos rollizos.

Y el cuello corto, obeso tenía un aspecto terrible y era insoportable contemplar sus dedos sebosos, sentir lo cortos que eran y lo repletos que estaban de una humedad mortal. Y si anteriormente en la oscuridad tuvo la necesidad de agitarse para no parecerse a un muerto, ahora, bajo esa luz brillante, terrible y hostilmente fría, le resultaba horrible, imposible moverse para alcanzar siquiera un cigarrillo o lla-

mar a alguien. Los nervios se tensaron. Y cada nervio parecía un encabritado cable curvo, en cuyo extremo, una pequeña cabeza con ojos desencajados por la locura y el terror, abría febrilmente una boca asfixiada y muda. No había aire para respirar.

Y de pronto en la oscuridad, entre el polvo y las telarañas, en algún sitio bajo el techo sonó un timbre eléctrico. El pequeño badajo metálico golpeó compulsivo, aterrado el borde de la campana, después se calló y de nuevo comenzó a agitarse con un sonido y un terror continuo. Su excelencia llamaba desde su habitación.

Corrieron a su habitación. Aquí y allá entre las sombras de las paredes se encendieron lámparas, daban poca luz, pero la suficiente para que surgieran sombras. Éstas aparecieron por todos sitios: se alzaron en los rincones, se extendieron por el techo, agarrándose agitadas a todas las alturas, se tumbaron en las paredes. Costaba entender dónde se encontraban hacía tan sólo un momento esas incontables, monstruosas y calladas sombras, almas y objetos sin ojos.

Una voz vibrante y espesa dijo algo en voz alta. Después pidieron un doctor por teléfono: el dignatario se encontraba mal. Llamaron también a la esposa de su excelencia.

PENA DE MUERTE EN LA HORCA

Todo sucedió como había predicho la policía. En el mismo portal atraparon a cuatro terroristas, tres de ellos varones y el otro una mujer, armados con bombas, artefactos explosivos y revólveres, al quinto lo encontraron y arrestaron en el

piso franco que era de su propiedad. En el mismo lugar decomisaron una gran cantidad de dinamita, bombas a medio montar y armas. Todos los arrestados eran muy jóvenes: el mayor de los varones tenía veintiocho años y la más joven de las mujeres diecinueve. Los juzgaron en la misma fortaleza donde los habían encerrado después del arresto. Los juzgaron rápido y sin escándalo, como se hacía en esa época implacable.

Durante el juicio los cinco se mantuvieron tranquilos, aunque muy serios y pensativos: su desprecio por el tribunal era tan grande que ninguno quiso recalcar su valentía esbozando sonrisa gratuita o una expresión fingida de alegría. Tenían la tranquilidad necesaria para proteger sus almas y el gran velo previo a la muerte que la rodea, de las miradas ajenas, malvadas y enemigas. A veces se negaban a responder a las preguntas, otras veces respondían con brevedad, sencillez y precisión, como si estuvieran respondiendo a una encuesta para completar algunos datos estadísticos y no a un juez. Tres de ellos, una de las mujeres y dos hombres, dieron su nombre real, los otros dos se negaron y quedaron sin identificar ante el tribunal. Mostraban hacia todo lo que sucedía en el juicio esa curiosidad difusa, como a través del humo, que es propia de los enfermos graves o de la gente que ha quedado atrapada por un inmenso pensamiento que todo lo devora. Miraban con rapidez, cazaban al vuelo cualquier palabra que fuera más interesante que el resto y continuaban sus pensamientos en el mismo punto en el que los habían dejado.

El que se encontraba más cerca del juez era uno de los que habían dado su nombre real, Serguei Golovin, hijo de un coronel en la reserva y él mismo antiguo oficial. Se trataba de un muchacho muy joven, rubio y de anchos hombros, tan sano que ni la cárcel, ni la espera de una muerte inevitable habían podido borrar el color de sus mejillas ni la expresión de joven y feliz inocencia de sus ojos azules. Se rasaba continuamente la desgredada barba rubia, a la que

todavía no se había acostumbrado y miraba a la ventana con insistencia, entornando los ojos y parpadeando.

Todo esto tenía lugar a finales de invierno, en esos días en que la cercana primavera, como un heraldo entre las tormentas de nieve y los pálidos días de helada, envía un día brillante, cálido y soleado o, aunque sea tan sólo una hora, pero tan primaveral, tan ávidamente joven y resplandeciente que los ruiseñores en la calle se vuelven locos de alegría y la gente parece como borracha. Y ahora en la ventana más alta, que de no limpiarse desde el año pasado estaba llena de polvo, se podía ver un cielo muy extraño y hermoso. A primera vista parecía gris lechoso, ahumado, pero cuando se contemplaba durante más tiempo, comenzaba a filtrarse en él el azul, comenzaba a tornarse de un celeste más profundo, más brillante, infinito. Y el hecho de que no se abriera de golpe, sino que pudorosamente se ocultara tras el humo de las nubes transparentes, lo hacía más entrañable, como una muchacha a la que quieres. Y Serguei Golovin contemplaba el cielo, se rascaba la barba, entornaba un ojo o el otro, con sus largas y espesas pestañas y pensaba con intensidad en algo. Una vez incluso movió los dedos con rapidez e hizo un ingenuo mohín de alegría, pero miró a su alrededor y se apagó como una chispa pisoteada. Y prácticamente al instante, a través del rosa de sus mejillas, que casi sin transición pasaban al blanco, surgió un azul terroso y lívido y el esponjoso cabello, que brotaba con dolor del cuero cabelludo, se enredó como tenazas, alrededor de las lívidas yemas de los dedos. Pero la alegría de vivir y la primavera fueron más fuertes y al cabo de unos minutos el joven e inocente rostro se volvió hacia el cielo primaveral como anteriormente.

Hacia el cielo también, miraba una muchacha joven y pálida, una desconocida que tenía por apodo Musia. Era más joven que Golovin, pero su severidad y el negro de sus ojos, que miraban directos y orgullosos, la hacían parecer mayor. Tan sólo el cuello, tan delgado y delicado, y sus fi-

nas manos de jovencita, indicaba su edad, eso y ese algo inaprensible que es la misma juventud que resonaba, limpia y armónica en su voz con enorme claridad, afinada sin mácula como un instrumento caro, mostrando su contenido musical en cada palabra, en cada exclamación. Era muy pálida, pero no con una palidez mortal sino con esa blancura cálida y especial que surge cuando en el interior arde un fuego enorme y potente y el cuerpo se enciende translúcido como una fina porcelana de Sevres. Estaba sentada prácticamente inmóvil y sólo de vez en cuando, con un movimiento apenas perceptible de los dedos, palpaba una profunda marca en el dedo corazón de la mano derecha, la huella de un anillo que hacía poco había sido retirado. Miraba al cielo sin dulzura ni alegres recuerdos, por la única razón de que en toda la sucia sala ese pequeño pedazo celeste era lo más bello, limpio y verdadero, nada podía hacerle apartar la vista de él.

Los jueces se compadecían de Serguei Golovin, a ella la odiaban.

El siguiente en el banco respondía al apodo de Werner, también se sentaba sin inmutarse, con una pose un tanto grave, con las manos cruzadas sobre las rodillas. Si el rostro pudiera cerrarse como una puerta, el desconocido la había cegado con una de hierro y había puesto en ella un cerrojo del mismo material. Miraba inmóvil hacia el sucio suelo de madera y era imposible saber si estaba tranquilo o si estaba infinitamente inquieto, si escuchaba las pruebas que presentaban los investigadores ante el tribunal o pensaba en cualquier otra cosa. Era bajo, los rasgos de su rostro eran delicados y nobles, tan delicados y bellos que recordaban a una noche con luna en algún lugar del sur, a orillas del mar, donde hay cipreses con sus negras sombras, al mismo tiempo despertaba un sentimiento de una enorme y reposada fuerza, de una resistencia invencible, de un coraje frío e insolente. La misma cortesía con la que contestaba breve y preciso, se volvía peligrosa en sus labios, en su reverencia,

y si al resto de los arrestados el uniforme de presidiario les hacía parecer unos bufones absurdos, en él era completamente invisible. Tan ajeno le era el traje. Y, aunque a los otros terroristas les habían encontrado bombas y artefactos explosivos, y a Werner únicamente un revólver negro, por alguna razón el tribunal le consideraba el cabecilla y se dirigían a él con cierta deferencia, con la misma diligencia y brevedad.

El siguiente era, Vasili Kashirin, todo él era un continuo e insoportable terror a la muerte y un deseo igualmente desesperado de contener ese terror y no mostrarlo al tribunal. Desde la misma mañana, desde el mismo momento en que les llevaron al juzgado, comenzó a ahogarse con el acelerado latir de su corazón, en la frente le brotaban continuamente gotas de sudor, tenía las manos igual de sudorosas y frías y el frío y sudoroso uniforme se le adhería al cuerpo, trabando sus movimientos. Con un esfuerzo de voluntad sobrenatural obligaba a sus dedos a no temblar, a su voz a ser fuerte y clara, a su mirada a estar tranquila. No veía nada a su alrededor, las voces le llegaban como a través de la niebla y a esta misma niebla dirigía él sus desesperados intentos por responder con fuerza y en voz alta. Pero una vez que respondía, se olvidaba tanto de la pregunta como de su respuesta, y de nuevo comenzaba a debatirse en silencio, aterrorizado. La muerte estaba tan claramente impresa en él, que los jueces evitaban mirarle y resultaba difícil determinar su edad, como en un cadáver que ya ha empezado a pudrirse. En el pasaporte ponía que tenía tan sólo veintitrés años. Una o dos veces Werner le tocó en silencio la rodilla y él respondió siempre con la misma frase:

—No pasa nada.

Lo más terrible era cuando le surgía un insoportable deseo de gritar sin palabras, con un desesperado grito de animal. En ese momento se acercaba silenciosamente a Werner y éste, sin levantar la mirada, le contestaba en voz baja: